



Entre economía política del odio y cultura ciudadana de perdón

Bogotá, Septiembre 2016

Entre Economía política del odio y Cultura ciudadana de perdón

Leonel Narváez Gómez*

“Recuerda Sancho, los defectos más peligrosos de la vida son la soberbia y el rencor.” (El Quijote de la Mancha)

Abstract:

La violencia en Colombia es polisémica, y las estrategias para superarla deben ser también múltiples.

En asuntos de construcción de condiciones para la paz, existe consenso de analistas y hacedores de políticas pública, que urge dar respuesta a dos necesidades básicas para la paz sostenible de un país. Primera: es necesario dar respuesta a las *necesidades objetivas* básicas insatisfechas de las grandes mayorías de la población (salud, empleo, educación, tierra, vivienda entre otros). Segunda: responder a las *necesidades ecológicas de la paz*: (verdad, justicia, reparación, inclusión democrática y respeto a los derechos humanos). Sin embargo, como hipótesis de esta reflexión, se plantea la importancia de satisfacer un tercer bloque de necesidades: las *subjetivas*, para proponer un dominio de trabajo e investigación denominado **“Economía política del odio”** que de manera similar a las anteriores demandan atención especial, porque condiciona el logro y la sostenibilidad de la paz de una manera poco abordada por los especialistas.

Se trata de los imaginarios soportados en el trío de la rabia, del rencor y del deseo de venganza o retaliación (3R). Las narrativas que las personas construyen sobre las causas de la violencia determinan emociones y conductas que facilitan una cultura política proclive o no los procesos de paz. Aunque la historiografía de Colombia cuenta con aproximaciones al este tema, aquí se busca de profundizarlo.

El perdón entendido como re-significación de la ofensa y giro narrativo que va de la venganza a la compasión y desde otro punto de vista, el perdón como virtud política, como derecho humano, como ejercicio de democracia y de respeto a la dignidad del Otro. Y La reconciliación como el ejercicio que recupera la confianza entre víctima y ofensor al establecer condiciones axiológicas y normativas que orientan y regulan sus nuevas relaciones.

Palabras claves: odio, venganza, economía política del odio, cultura ciudadana de perdón y reconciliación, paz sostenible.

Introducción

La violencia y la injusticia despiertan sentimientos de rabia, rencor, retaliación (en adelante las 3Rs) las cuales pueden dejar bien sea, marcas temporales y solamente individuales o por el contrario, generar *efectos comportamentales colectivos* de larga duración, que dificultan la comprensión de la complejidad de las causas de la violencia y la atribución de responsabilidades individuales y colectivas en ella.

Esta reflexión propone la siguiente tesis: una de las raíces más profundas de la violencia en Colombia (y en el mundo) está en la *cultura de la venganza* (inconscientemente adoptada por las bases sociales) y la *economía política del odio* (promovida por las diversas elites del país). Se argumenta que estos elementos irracionales de las decisiones humanas – o sea, las 3Rs- han tenido y tienen aún, impacto tan nocivo en el desarrollo de Colombia que, adaptando el vocabulario de Amartya Sen, ha generado una *privación del potencial* (capability deprivation) de los colombianos para la paz. Comprender estas dinámicas irracionales en la cultura política de los pueblos es prioritario para facilitar el diseño de propuestas de pedagogía político-cultural que permita superarlas.

El último informe Desarrollo del Banco Mundial ha querido darle urgencia e importancia a la transformación de estas motivaciones político-culturales porque pueden generar transformaciones de alto impacto y costo-beneficio¹. Este texto propone que será necesario transformar estas actitudes adquiridas e inveteradas (las 3Rs) y por lo mismo, sutiles y casi imperceptibles para lograr cambios y desarrollo significativos.

Es verdad que –en muchos casos- la pobreza produce violencia pero es igualmente cierto, que la violencia produce aún más pobreza. Esas 3Rs paralizan el ser, el pensar (establecimiento de relaciones complejas en la explicación del fenómeno), y el hacer de las personas.

Para referirnos aquí a una economía política del odio tratamos de establecer un campo de análisis acerca de la producción, distribución, intercambio y consumo de narrativas, soportadas emocionalmente por la rabia, el rencor y la retaliación, que son producidas, empaquetadas y distribuidas como insumos ideológicos-emocionales para la promoción de interpretaciones acerca del conflicto, sus causas y las formas de solución. ¿Quién produce estos insumos-narrativos? ¿Cómo son distribuidos? ¿Cómo se genera la demanda? ¿Qué tipo de acumulación permite a los productores y distribuidores? ¿Qué necesidad satisface en los consumidores? La historiografía de Colombia cuenta con valiosas aproximaciones al tema, sin embargo, no se ha definido como objeto de estudio de la economía política.

Esta propuesta se presenta en tres cuerpos: primero, la interpretación de algunos historiadores acerca de las narrativas que soportan el odio en Colombia; segundo, la sustentación de la hipótesis que plantea el odio como un insumo para la producción ideológica en la acumulación de poder político; y para finalizar, se propone un modelo de pedagogía cultural que facilita el desarrollo de una economía del perdón y la reconciliación. La aproximación histórica busca evidencias sobre las formas en que historiadores y especialistas se han aproximado al tema. La hipótesis, se adentra en el tema de la cultura de la venganza y la economía política del odio, que si bien es germinal, cuenta hoy con desarrollos significativos.

Al terminar, se sugiere la pedagogía política del perdón y la reconciliación como respuesta a la demanda de satisfacción de las necesidades subjetivas, indispensable para la paz sostenible de los pueblos.

Hasta ahora estas 3Rs no ocupan un lugar destacado en la interpretación de las causas de la violencia social y política, no solo en Colombia, sino que también la coyuntura mundial lo sugiere.

1. Un factor olvidado en la historiografía de la violencia

El informe del Grupo de Memoria Histórica del 2013, describió a Colombia con los rasgos de *“una sociedad largamente fracturada”*, con esfuerzos por elaborar por un lado, *“memorias transformadoras”* de las condiciones que llevaron a la guerra, y por otro, por tendencias a perpetuar *“memorias sin futuro que toman la forma extrema de la venganza, la cual a fuerza de repetirse niega su posible superación. La venganza pensada en un escenario de odios colectivos acumulados equivale a un programa negativo de exterminio de los reales o supuestos agresores. En efecto, la venganza parte de la negación de la controversia y de la posibilidad de coexistir con el adversario...Es la negación radical de la democracia”*².

Transformar estos odios acumulados y la urgencia de retaliación que ello genera, es sin lugar a dudas, un reto crucial para la superación de la violencia en Colombia. No sanar este punto crónicamente infectado de Colombia es obligar a la nación a repetir otras formas de violencia. La rabia, el rencor y la urgencia de venganza a fuerza de repetirse niegan su posible superación.

Los juiciosos estudios reunidos en el último aporte de la Comisión Histórica del Conflicto y sus víctimas, publicado en Febrero 2015, destaca en el análisis de los factores (*nudos o múltiples desciframientos*, en palabras de Daniel Pecaute) tradicionalmente explicativos de la violencia en Colombia, los siguientes: el problema agrario, la ausencia del Estado y las economías campesinas abandonadas a su suerte, el bipartidismo sectario, el gamonalismo regional, el narco-cultivo y el narcotráfico, el paramilitarismo, el sistema político clientelista, la influencia de la revolución Cubana, la colonización, entre otros.³

El historiador Malcom Deas, después de décadas de análisis del conflicto colombiano, concluye: *cabe insistir en la naturaleza esencialmente política de estos conflictos caracterizados por intensa rivalidad partidista que ha dejado numerosas víctimas*. Insiste Deas en que los historiadores son propensos a *negar lo estrictamente “político” o al menos (son propensos) a empotrarlo en otros marcos: conflicto regional, agrario y de clase*.

William Ospina resume esta misma perspectiva en su libro *“Pa’ que se acabe la vaina”*, afirmando que *tarde o temprano lo que era guerra aprenderá a ser diálogo...*⁴.

El historiador Fernán González, ha resaltado extensamente el maridaje fatal entre violencia, partidos y la construcción del Estado. Describe a Colombia como *“una comunidad política*

escindida en partidos políticos contrapuestos, cuyos partidarios excluyen a los distintos como enemigos absolutos por fuera de la patria, a la vez que incluyen a los grupos subordinados dentro de sus partidos mediante relaciones clientelistas"⁵.

Javier Giraldo lo define así: "*El peor contraste en esa colección de contrastes que definen a Colombia quizás sea la incapacidad de nuestras instituciones liberales de garantizar universalmente un mínimo de civilización política. Mientras continúe la vinculación entre las armas y la política esa brutal anomalía continuará. Una tarea central de las generaciones futuras de colombianos será desmontarla sistemáticamente*"⁶.

Esta costumbre arcaica de resolverlo todo con las armas, la resume Gonzalo España con los títulos de sus dos últimos libros: *Un país que se hizo a tiros* (historia de las incontables guerras civiles hasta el fin del siglo XIX donde cada prócer resolvía los conflictos montando ejércitos y dependiendo en todo del poder de las armas) y *Odios Fríos*, o la novela del presidente Miguel Antonio Caro en el poder, que lo describe como *católico furibundo, ultraconservador, maquinador y rencoroso*, que legó a la historia de Colombia la triste herencia de la Guerra de los Mil Días, la separación de Panamá y el resentimiento enconado entre los partidos liberal y conservador⁷.

El reclamo del derecho a la disidencia política y la rebelión, la exigencia de legitimidad y de inclusión por parte de los grupos subversivos por un lado, y por otro, la exigencia del Estado a su legitimidad y a la defensa de la democracia, hizo que ambos adoptaran el concepto de *enemigo interno* y justificaran el incremento de la violencia, dejando sin contenido de significado a las reivindicaciones legítimas que cada uno reclamaba.

El concepto de *enemigo interno*, originado en la famosa Escuela de las Américas, legalizó la creación de grupos paramilitares (grupos de civiles con armas oficiales y coordinación del ejército) que según Javier Giraldo, tuvieron origen oficial en la visita de la "Misión Yarborough" –de la Escuela de Guerra Especial de Fort Bragg (Carolina del Norte), realizada a Bogotá en 1962 y oficializada en 1965 por el Presidente Guillermo León Valencia.

Grupos que con el transcurrir de los años se fueron deteriorando hasta los extremos impensados de la violencia de la década 1995-2005, cuando los índices de homicidios tuvieron sus más altos picos. Hay indicios fuertes que esta estrategia aún persiste velada en las Bandas criminales denominadas Bacrim⁸. El Paramilitarismo actual y las Bacrim –más allá de los meros intereses económicos- siguen siendo expresiones escondidas de la *economía política del odio y de la cultura de venganza* fuertemente motivadas por la filosofía del *enemigo interno*.

Es la filosofía del *enemigo* - el opositor o el diferente político - que debe ser eliminado. Este ha sido un común denominador importante de la historia de Colombia y de la lucha por el poder político. Se comenta que Jacobo Arenas, cofundador de las FARC, en alguna ocasión, afirmó que si el Gobierno Colombiano no hubiera respondido con armas al nacimiento de las *repúblicas independientes*, "quizás no habrían nacido las FARC"⁹.

Tanto para los grupos subversivos como para el Gobierno de turno, fue normal aplicar el principio de Clausewitz de que *la guerra es la continuación de la política por otros medios*.

Posiblemente Colombia sería otra, si esta *economía política del odio y cultura de la venganza* hubiera sido percibida por los líderes del Gobierno Colombiano, cuando en 1973, después de la Operación Anorí, el ELN se encontraba en estado de extinción, y en 1974, cuando las FARC tenían solo 4 frentes y estaban seriamente debilitadas¹⁰. Haberles ofrecido una salida digna a través de la negociación y del diálogo, que no implicara necesariamente su desaparición violenta, hubiera legado, en la historia de las lecciones sobre la solución negociada de conflictos políticos, una enseñanza que permitiría hoy concluir, que las armas y los ejércitos, no son la solución a la violencia. Otra vez: las armas son el fracaso de la palabra.

En la mitad de la década de 1970, un factor atroz de la violencia, estaba ya posicionado por doquier: el narcotráfico. Como nadie antes, se convirtió en un multiplicador de la venganza. Quien conoce las entrañas del narcotráfico, puede afirmar con propiedad, que la venganza es una de las estrategias más exitosas para el posicionamiento de los carteles de la droga. Con ellos, los colombianos experimentamos como nunca los niveles más crueles e inhumanos de la violencia y la barbarie.

Carlos Mario Perea, remite a temas que están en la misma perspectiva de la hipótesis de las 3Rs, cuando describe los siguientes contenidos recurrentes en las narrativas que se ofrecen públicamente para la comprensión del conflicto en Colombia: la sacralización de la guerra, los códigos de honor, el inconsciente arcaico, *el llamado de la sangre* y en general el nexo entre símbolos y política. Perea describe la cultura política como el ejercicio de desentrañar esos hilos, a los que he denominado cultura de la retaliación. El *nudo* del problema Perea lo resume diciendo que para mediados del s. XX, la colectividades políticas no tuvieron otro modo de tramitar sus diferencias y sus odios heredados, más que a través de la violencia¹¹. La antropóloga María Teresa Uribe explica diversas formas de distribución del odio: no solo a través de la guerra misma, sino y sobre todo, a través de la palabra y de las narrativas que sobre los acontecimientos históricos se generan. Particularmente importantes son la retórica (ejercicio de lenguaje dirigido a la razón para convencerla) y la poética (ejercicio dirigido al corazón para inspirar emociones e ideales nuevos), que gracias a una acción de prefiguración, configuración y re-figuración, genera cambios importantes en el pensamiento de las personas, de las masas y de la sociedad.

Siempre habrá razones retóricas para justificar la guerra: proteger la ciudadanía en peligro, recuperar el Estado arrodillado a las guerrillas, el peligro del Castro-chavismo, el gobierno de los malos y excusas por el estilo. Es una retórica político-bélica, que al decir de María Teresa Uribe, llega incluso a justificar aún más, la necesidad de ejércitos fortalecidos para continuar la guerra. Pero la guerra, conlleva también razones poéticas, inteligentemente diseñadas para conmover al público con metáforas, antinomias y dramaturgias: evocación de los héroes de la patria, frases catastróficas y premonitorias como: vender el país a la subversión, matar el imperio de la ley, sometimiento de la justicia, de la majestad de la constitución, de la democracia y de las instituciones más sublimes de la nación, y así, ad infinitum.

Con la excusa de persecución política, se le apunta a un *líder malo* para ensalzar veladamente un *líder bueno*, que se sacrifica por esta patria nueva y justa: *“estos lenguajes poéticos con los cuales se alimentó la dramaturgia de las guerras civiles operaron como recursos*

*narrativos para declarar las guerras y también para continuarlas... La historiografía, los ha llamado los odios heredados, lo cual permitió que pervivieran, reproduciéndose, ampliándose y re-significándose relatos y memorias cuyas huellas llegan hasta el presente”*¹².

Los mejores representantes de esta retórica y de esta poética de la economía del odio, han sabido revestirla con pieles de ovejas tranquilas y mansas, ofreciendo programas de paz y desarrollo – casi siempre de gran calado asistencialista y partidista.

Estas pocas referencias a esta interpretación de las causas de la violencia en Colombia, sugieren que en la raíz más profunda de la violencia está la venganza, resultado final de rabias y de rencores colectivos acumulados, distribuidos y sostenidos política y culturalmente de la forma más ciega y atávica.

Es la ira-rabia la primera palabra con la que Homero comienza su famosa epopeya de la *Iliada*: *La ira canta, oh Diosa, del Pélida Aquiles/ que causó a los aqueos incontables dolores*. Según Peter Sloterdijk es aquella ira-rabia con la que empezó toda la historia de Occidente¹³. Es la rabia traducida en guerra e inmediatamente vestida del significado de *felicidad o placer*. Los griegos lo definieron como *thimos* o sea *la cocina pasional*, sobre todo de la ira-rabia que brota de la ambición del éxito, prestigio y autoestima y de su fracaso. Subraya Sloterdijk: *“son los grupos políticos, los conjuntos que de modo endógeno están bajo tensión thimótica. (Allí) las acciones políticas se ponen en marcha a partir del diferencial de tensión existente entre los centros de ambición...La retórica en cuanto arte teórico de la conducción del afecto en conjuntos políticos, es thimótica aplicada”*...¹⁴.

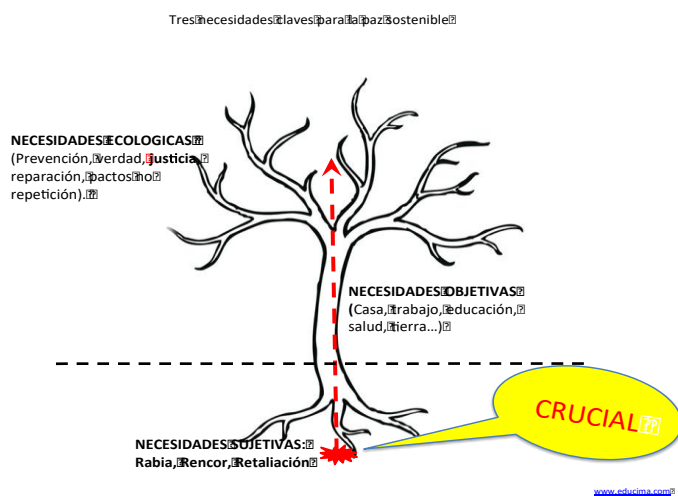
Todo esto, de la forma más curiosa, se esconde en ese modelo de economía prevalente que fundamenta su acción en la deuda, en el pasado y por lo mismo en la culpa. La economía del futuro será siempre la economía que no genere ni culpable, ni deudor o sea, la economía que tiene como patrón moral, el gesto de la bondad, del donar y sobretodo de.... per-donar.

Rush Dozier¹⁵ hablando del odio dice: *“la más terrible de las armas de destrucción masiva vaga dentro de nuestros mismos cerebros primitivos y debemos encontrar formas de desactivarla”*. El odio es particularmente peligroso – repetimos- por su capacidad de generar *significado*. El más perverso de todos es el significado de *enemigo* porque el *thimos* es capaz entonces de justificar la violencia y el uso de las armas para eliminarlo.

Ante estas referencias a las rabias, los odios y las venganzas en la historiografía de Colombia es pertinente preguntar: ¿Qué explica que en las soluciones a las múltiples causas de la violencia se haya perpetuado un denominador común: el uso de las armas y la eliminación del otro?

2. El árbol de la paz sostenible y la hipótesis Tres R

La hipótesis que plantea este artículo asume como analogía explicativa un modelo proveniente del mundo de la botánica. Un árbol consta básicamente de 3 partes: tallo, ramas y raíz. Así también, el árbol de la paz sostenible debe satisfacer tres condiciones básicas: contar con un tallo sólido, o sea responder a las **necesidades objetivas**: salud, empleo, educación, vivienda, tierra. Poseer ramas con hojas, flores y frutos saludables que satisfagan las **necesidades ecológicas** de la paz: verdad, justicia, reparación, buen gobierno. Y unas raíces vigorosas, satisfacción de las **necesidades subjetivas**, para nuestro caso, la necesidad de superar las rabias, rencores y urgencias de venganza generadas por la violencia, aspecto crucial para garantizar la salud de todo el árbol.



Cuando se habla de las causas de la violencia, sin duda es necesario revisar esas tres partes planteadas en la metáfora del árbol. De las tres, la más olvidada es la raíz, los *factores subjetivos de la violencia*, profundos e invisibles, y sin embargo, detonadores constantes de la violencia.

Siguiendo la metáfora del árbol de la paz, el historiador Fernán González se aproxima a las dos primeras partes del mismo, y concluye que los elementos estructurales (el tallo y las ramas) de la violencia son: *la configuración social de las regiones, su poblamiento y cohesión interna, ligados a un problema agrario nunca resuelto; la integración territorial y política de las regiones y sus pobladores mediante el sistema político bipartidista; las tensiones y contradicciones sociales que se derivan de los dos procesos anteriores, frente a la incapacidad del régimen para tratarlas adecuada y pacíficamente...*

Hasta ahí no hay nada nuevo. Termina González planteando acerca de los factores subjetivos (las raíces) lo siguiente: “*Los factores subjetivos serían las interpretaciones que las personas y grupos sociales hacen de las tensiones, su valoración de las mismas tiene que ver con sus hábitos de pensamiento, su preconcepciones y marcos ideológicos que finalmente arrojan opciones y decisiones frente a la situación así diagnosticada* ¹⁶”.

Esta propuesta analítica- agrega González-, llevaría en conclusión, a explicar la violencia colombiana como *un resultado no planeado previamente de forma voluntaria sino algo imprevisto, producto de las combinaciones de esas contradicciones estructurales de*

*larga duración...*¹⁷. Sugerencia que Edgardo España considera que por tratarse de factores impremeditados e involuntarios, se hace necesario develarlos ampliamente para superarlos.

2.1 - La venganza y las *furias*

“La ofensa de alguien nos genera rabia y esa rabia fácilmente se convierte en odio”.

(Darwin, *La expresión de emociones en los humanos y animales*.)

“La violencia en Colombia tiene orígenes antiguos que no podemos tocar con nuestras manos. Nuestra cultura de violencia es una intoxicación que navega dentro de nuestra sangre nacional”.

(Arturo Guerrero, *Una rosa violenta*, Ensayo para El Espectador, 3 Mayo 2015).

Después de Homero (siglo VIII. A.C), la historia de Grecia y el mito se ocupan de este tema. Esquilo (siglo V, A.C), en la clásica obra *Oresteia*, refiriéndose a las rabias-rencores de ese mundo arcaico, habla de las *furias* –*diosas de la venganza*- para posicionar la transición del odio y la venganza a la justicia y la paz en la antigua Grecia. Subraya Esquilo, dos transformaciones importantes. Primero, la Diosa Atenas establece instituciones legales (cortes independientes, audiencias, jueces) para superar el ciclo interminable de violencia: la retaliación (a *tal* ofensa, *tal* venganza). Segundo, la Diosa Atenea logra convencer a los *Furias* que ellas son importantes, que deben permanecer en la ciudad, pero ocultas y por debajo de la tierra, en un lugar de honor. Comenta Martha Nussbaum, que de este modo *se reconoce que el sistema legal debe incorporar y honrar estas oscuras pasiones vengativas*¹⁸. Esquilo describe las *Furias* como perros de cacería rabiosos, con la boca atafagada de coágulos de sangre de sus víctimas (apenas digerida a medias), vomitándola por doquier, emitiendo ruidos y quejidos típicos de su clase.

Esquilo, se preocupa en mostrar cómo la rabia desbordada es obsesiva, destructiva e impulsada solo a causar dolor y maldad. Ahora, en un ambiente de democracia y de ley, la Diosa Atenea invita a las *Furias* a *reposar en calma su oleada de negra rabia*¹⁹. Ahora, ya incorporadas a la ciudad, y comprometidas con adoptar sentimientos benévolos, han ganado porte erguido y su lenguaje es articulado. Las rabias se han transformado en indignación respetuosa y no violenta, realizando en su interior una profunda re-orientación de su personalidad. No son ya perros, sino mujeres bellas que de *Furias* se han convertido en Euménides, en *Bondadosas*.

La justicia política –agrega Nussbaum- en Esquilo, no pone en jaula a las *Furias*, sino que las transforma totalmente, haciéndolas mover del pasado que no se puede cambiar, a la construcción de un futuro posible de prosperidad y paz²⁰. Así, una profunda transformación ha sucedido en el mundo: la rabia vengativa ha asumido la justicia bondadosa y ahora mira más al futuro, que al pasado.

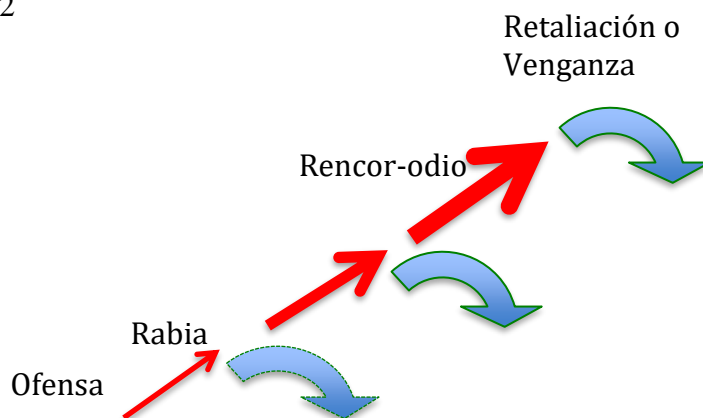
2.2 Cultura de venganza: Rabia-Rencor-Retaliación (3R)

Del modo más elemental, rabia y miedo son la respuesta instintiva que los humanos manifestamos ante una amenaza, o ante una agresión. Si no se logra superar esa rabia, en breve, el recuerdo de la ofensa se convierte en odio/rencor/resentimiento. Cuando no se logra

curvar el odio y la memoria repetida de la ofensa, muy pronto se cae en la urgencia de retaliación/venganza, momento **detonante para el escalamiento** la violencia.

Reacciones ante la ofensa:

Figura 2



La rápida secuencia rabia- rencor-retaliación habla de las emociones que soportan las economías del odio y las invitaciones que históricamente líderes y grupos de liderazgo político han realizado a las gentes de una nación para destruir a otras gentes y naciones. Rush Dozier en un reciente libro, "Por qué odiamos", afirma que *el arma de destrucción masiva más terrible, acecha dentro de nuestras psiques primitivas y tenemos que encontrar la forma de desactivarla*²¹.

La rabia-odio es una reacción física natural. También, una construcción de significados individual y colectiva. Los seres humanos reaccionamos químicamente mediante emociones a lo que creemos que es bueno o malo, sin embargo, la reacción química que genera la rabia puede detenerse o exacerbarse, en función de la explicación/justificación que le demos a la ofensa (Nussbaum, 2016).

Al respecto, del significado cultural que se le da a las emociones Martha Nussbaum plantea en el libro "Paisajes de Pensamiento" (2008,22) lo siguiente:

"En lugar de concebir la moralidad como un sistema de principios que el intelecto imparcial ha de captar y las emociones como motivaciones que apoyan o bien socavan nuestra elección de actuar según esos principios, tendremos que considerar las emociones como parte esencial del razonamiento ético. No podemos obviarlas razonablemente una vez que reconocemos que las emociones contienen juicios que pueden ser verdaderos o falsos y pautas buenas o malas para las elecciones éticas".

Este razonamiento ético al que se refiere Nussbaum, interpretado como sentimiento moral, adquiere sentido y legitimidad a partir de las narrativas de soporte que se les da en las versiones difundidas por instituciones como las iglesias, los partidos políticos, las academias y las escuelas de pensamiento, dentro de otras.

Los humanos, equipados como estamos para prever y planear, crear símbolos, y uso del lenguaje complejo, somos capaces también de odiar sistemáticamente, e inscribir el odio dentro de los insumos de producción de rentabilidad en términos de acumulación de poder político, sin escrúpulos, sobre la violencia que genera de manera residual. En este sentido, la violencia en sí misma y desde esta perspectiva, es un residuo que genera gran contaminación

ambiental, como en el caso estricto de los residuos industriales tóxicos y otros similares, aproximación que sugiere establecer la variable violencia como un insumo más en la sostenibilidad de ciertos tipos de statu quo.

2.3 La economía política del odio y la cultivo de venganza

“Siempre que los cúmulos de ira, guardados colectivamente, adquieran la forma de reservas, tesoros o crédito,...se puede utilizar como capitales aptos para la inversión” (Sloterdijk Peter, Ira y Tiempo,2010)

Entre las múltiples causas de la violencia en Colombia hemos aventurado la hipótesis de que en las raíces profundas de la violencia está lo que aquí hemos resumido como *economía política del odio*²² o sea la producción, distribución e intercambio de narrativas de rabia, rencor y retaliación (las 3Rs) que aupadas por élites son adoptadas socialmente y llegan a constituir lo que aquí llamo, *cultivo de la venganza*.

Desentrañar esta dinámica, preguntar cómo nace, quién las crea, por qué se multiplican tan fácilmente? Por qué todos estamos infectados de ellas? Y ¿Por qué no nos damos cuenta? es un trabajo de urgencia que los colombianos debemos realizar. Esta es una invitación al *giro narrativo, al salto evolucionario* que nos permita reclamar derechos y obtener respuesta a las satisfacción de necesidades objetivas y ecológicas, sin recurrir a las armas y a la violencia.

Precisamos entender que la historia de la evolución humana ha tenido sus momentos de mayor crecimiento cuando ha sido cooperativa, y por lo mismo, cuando ha tenido el diálogo como su herramienta principal. Tomar conciencia de este hecho, evitará la ceguera colectiva que hemos tenido en al menos estos dos últimos siglos de historia. Aunque los diálogos de la Habana certifican ya la importancia del diálogo, quedan todavía residuos de rabia-rencor y urgencias de venganza –en grandes sectores de la sociedad colombiana.

La academia y diversos estrategas políticos han estudiado cómo las campañas publicitarias, la imagen y las estrategias de movilización social otorgan beneficios políticos. Sin embargo, poco han estudiado el odio como una estrategia para ganar votos y maximizar y/o imponer intereses políticos. Al respecto, Edward Glaeser²³ es uno de los primeros académicos en considerar que los discursos son capaces de generar odio entre diversos grupos sociales, permitiendo que algunos actores sociales incrementen su capital político.

La economía política del odio deberá establecer el peso de estos factores en la producción de la cultura política de los colombianos, evaluando desde una perspectiva crítica –inevitable y necesaria-, la contribución de estos factores, a la argumentación de la necesidad de la guerra, y a la constitución imaginaria y emocional del significado del enemigo interno. En especial, a contribución a la analítica del riesgo que implica para el establecimiento de un régimen de libertades democráticas como condición de la paz en Colombia, la difusión de narrativas del odio afianzadas en análisis sesgados de los orígenes del conflicto político.

Este último planteamiento implica elaborar una serie de preguntas y de líneas de investigación para el dominio de la economía política del odio ¿Cuál es, entonces, la historia, y las narrativas que deben acompañar el proceso de paz? ¿Cuál la versión a difundir y a través

de qué medios se debe promover? Posiblemente, estas dos preguntas, tan solo ellas, generen desde ya, la necesidad de revisar creencias; de volver a construir los relatos que hasta ahora muchos colombianos dan por ciertos; de revisar tendencias ideológicas y partidistas que se promueven como versiones ciertas (algunas sin manipulación estratégica y otras necesariamente instrumentalizadas para la consecución de logros de acumulación de poder político); de evaluar el alto contenido emocional y moral de esos relatos y de sopesar hasta dónde contribuyen a sostener odios y rencores entre colombianos de distintas orillas.

¿De qué manera es ofertado y demandado el odio en diferentes contextos socio-políticos? El odio es producto del mercado político (Glaeser, 2002), en donde los actores políticos son quienes lo ofertan y la ciudadanía quienes lo demandan. Los actores políticos ofertan odio básicamente a través de sus discursos. Saben bien que así, incrementan su capital político. Para evitar referencias a personajes actuales de la vida política colombiana, citamos a Donald Trump y al Presidente Maduro, ejemplos de la economía política del odio. En el discurso de lanzamiento de su campaña, Trump mencionó que México envía lo peor de su país a Estados Unidos, que los migrantes de esta nacionalidad llenan al país de problemas porque traen drogas, son violadores y criminales, y agregó, que los musulmanes son importadores de terrorismo (Lee, 2015).

Vender odio para ganar votos y poder político, es una estrategia hábil para cautivar masas, que informadas superficialmente sobre los orígenes de los conflictos por un tipo de memoria histórica distorsionada, son susceptibles de manipulación emocional e ideológica mediante la atribución de las crisis sociales a chivos expiatorios, que en la historia de los conflictos sociales, políticos, étnicos, económicos, religiosos, han llegado a constituir hitos históricos de violación de los derechos y de la dignidad, en la versión que los manipuladores del odio realizan.

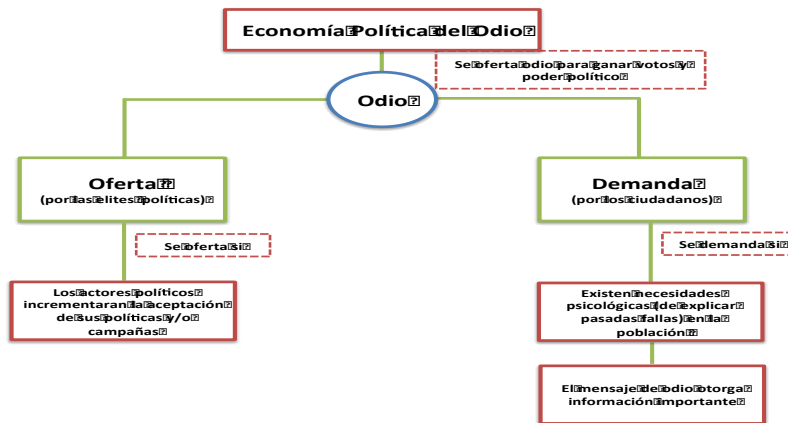
La memoria distorsionada, y la emocionalidad que ella suscita en los consumidores del odio, aparecen entonces como insumos necesarios para el condicionamiento de respuestas violentas en la historia de la movilización de pueblos hacia las confrontaciones bélicas y, en la justificación de la violencia discriminatoria.

La teoría del chivo expiatorio de René Girard (2007) ofrece una profunda explicación de este hecho. Explica Girard, la necesidad de culpar a otros de las causas de problemas actuales. Donald Trump, provee a través de sus discursos, un chivo expiatorio (los mexicanos y los musulmanes) a la sociedad norteamericana, constituye, erige, a ese alguien en quién descargar la rabia y la urgencia de generar políticas anti-migratorias como parte de la solución a las crisis de la sociedad estadounidense. De ahí queda poco para el escalamiento de la violencia y del miedo. Y la memoria del holocausto promovido por el nacional socialismo en Alemania contra los judíos, advierte sobre los peligros de la movilización política de una nación, cuando encuentra chivos expiatorios en la interpretación de su malestar.

Para los analistas de las economías del odio, la demanda de odio, en un sistema social se reducirá, si se logra motivar una interacción positiva entre los grupos sociales que son parte del proceso de generación del odio. Aunque Glaeser no argumenta profundamente esta idea, ni expresa cómo hacerlo, nosotros argüimos que la *cultura ciudadana del perdón y de la*

reconciliación constituye una salida sabia a la estrategia sagaz de los políticos empresarios del odio. La siguiente gráfica trata de ilustrarlo.

Figura 3. Modelo de la Economía Política del Odio de Edward Glaeser. **Agregar dos cuadros más sobre DISTRIBUCION Y CONSUMO.**



Fuente:

Elaboración propia con la información de Glaeser, Edward (2002) “The Political Economy of Hatred”.

Una vez la economía política del odio generada desde las elites (políticas, sociales, económicas, religiosas) se fortalece, se fortalece también la cultura de la venganza, que apropian fácilmente las bases sociales y lo peor... lo multiplican en sus ambientes. Así, se ha constituido el caldo de cultivo ideal para la multiplicación de las violencias y la justificación de ejércitos, cárceles y otras formas de violencia.

Así, se llega a lo peor: “la más oscura de las emociones, el odio, bloquea las relaciones, destruye comunidades, arruina vidas y se traga la salud de muchos que no logran superarla. Unido todo eso a nuestro extraordinario talento para crear armas de la más grande precisión e impacto, el odio se convierte en el único poder más destructivo de la tierra”²⁴.

Transformar esta cultura de la rabia-odio-retaliación es la enorme tarea evolucionaria de los pueblos. Cuando el Global Peace Index ranquea los países con más capital de Paz Positiva, introduce la capacidad de resiliencia, la capacidad que tienen las personas y los pueblos para absorber los golpes y los traumas, que como el amortiguador de los carros, absorbe los golpes del camino y vuelve a su estado normal. A más capacidad de absorción, mayor paz positiva(ver gráfico)²⁵. Esta capacidad de absorción describe en gran parte, una de las funciones centrales de la cultura ciudadana del perdón que es la misma capacidad de tolerancia y expresión de civilidad, que se subraya con frecuencia, como necesaria, cuando las personas y las comunidades quieren vivir en paz.

Gráfica: Resiliencia y paz (al diseñador por favor re-hacer esta gráfica.. en español).

“ Countries with high levels of Positive Peace are by far the most stable.



62

Sobre las causas de la violencia venimos diciendo que históricamente los colombianos, aupados por las elites, se han dejado atrapar por las 3Rs.

Para comprender mejor la dinámica del odio en Colombia, dentro de otras formas de la producción y distribución de las economías del odio, es necesario establecer comparaciones –economía del odio comparada-. Los mensajes del odio, por ejemplo, en la Alemania nazi, fueron auspiciados y subvencionados. En Colombia, los grupos armados al margen de la ley por su parte, desarrollaron formas de inversión social en maquilas, puestos de salud e incluso infraestructura social para facilitar el posicionamiento ideológico de las propuestas del odio y la venganza, e invitar a sus beneficiarios a confrontar y aniquilar a otros.

Balancear la economía natural del trío rabia-rencor-retaliación y su utilización estratégica para generar movilizaciones humanas en torno a intereses electorales, colonialistas, raciales, geopolíticos, son dentro de otros, temas de trabajo para la analítica de la economía política del odio. Urge develar y evaluar cómo se distorsionan verdades, cómo se miente, o cómo verdades irrefutables aún, son manejadas instrumentalmente por agentes y agencias para satisfacer acumulación de poder -el bien más tangible para los empresarios del odio-.

Habrán quienes desarrollen el estudio de las economías políticas del odio para evitar la manipulación de las masas, habrá quienes la comprendan para instrumentar guerras y formas de acceder a poder de la manera menos digna posible, a través del exterminio de humanos por humanos.

Los manipuladores del odio como estrategia de acumulación leen y magnifican los sentimientos morales y las condiciones emocionales de sus destinatarios. Son cínicos expertos extractores de la plusvalía del odio que comprendiendo perfectamente la complejidad de factores que concurren en la hermenéutica del conflicto, sin embargo, aprovechan la base emocional para soportar su discurso acerca de la ilegitimidad del otro, o para desconocer las razones que podrían justificar las reivindicaciones y la dignidad de sus enemigos. El resultado trágico es la construcción de la imagen del enemigo, del bloqueo al diálogo, y la posible eliminación del otro.

Quienes trabajamos en la otra orilla de los promotores y generadores del odio en la acumulación de poder, proponemos en cambio, la producción, distribución, intercambio y consumo de economías políticas del perdón y la reconciliación, aprovechándonos de esa otra faceta de la condición humana: la bondad, el perdón, la reconciliación y la resolución pacífica de conflictos a través de la conversación y de la palabra amable, y de la pedagogía de la resignificación e interpretación de las causas de los conflictos, a partir de una argumentación más compleja, que necesariamente pasa por el sistema de educación y por el contraste de escuelas de interpretación, dentro de lo que se puede denominar, la promoción de una cultura política, que deberá acompañar el postconflicto en Colombia. Y, por extensión, a cualquier otro proceso de reconciliación intra-nacional, inter-étnico e internacional, de la misma manera que la reconciliación interpersonal demanda la construcción entre las partes separadas por la ofensa, de una narrativa más compleja acerca de las causas que suscitaron la ofensa y de las consecuencias que para cada una de las partes generó la agresión, incluso para aquellos otros no directamente asociados con el hecho.

Esta última aproximación proviene de los planteamientos generales de la Justicia Restaurativa, otra disciplina que en el campo del derecho complementa a la justicia transicional, y de la que, es la oportunidad en Colombia, se deberá asimilar sus contenidos filosóficos, sociológicos y antropológicos, entre otros, como condición de promoción de una cultura política de la ciudadanía, la reconciliación, y la solución negociada de conflictos.

Deberemos repetir continuamente – como lo gritan los indígenas Nasa Kiwe del sur de Colombia: las armas son el fracaso de la palabra. Con razón el historiador Fernán Gonzales insiste en que *“haría falta un proceso profundo de re-educación política... que permita ir pasando de la política como confrontación amigo-enemigo a la política como diálogo y discusión entre adversarios”* ²⁶.

Crear que la violencia no es un destino fatal o como sugiere la historiadora Diana Uribe, superar *el complejo de fatalidad colectiva* y mejor, generar una narrativa cultural totalmente nueva, es la gran transformación cultural y política que nos espera. Es el parto socio-cultural-político por el que comienzan ya a transitar un creciente número de colombianos. Pasar de la negociación del conflicto a la construcción de la paz en el sentido pleno de Galtung.

La propuesta de la cultura política del perdón y la reconciliación, ofrece narrativas nuevas que transforman los modelos mentales de las 3Rs, mediante mecanismos nuevos de socialización. Estos mecanismos nuevos gradualmente transitan del imperativo de las emociones manipuladas, a la humanización de la vida y de las formas de solucionar los conflictos mediante la compasión y la bondad como expresiones de un gran trabajo en educación para la paz, que se construya sobre el eje de las cátedras de historia, formales y no formales, cátedras comprometidas con una misión crítica: facilitar la reconstrucción de las narrativas que sobre las causas del conflicto en Colombia fueron amañadas en los nidos del odio, el resentimiento y la venganza por grupos de las élites políticas. Narrativas que les permitieron grandes réditos en la acumulación de poder político y el usufructo inequitativo de bienes terrenales, como la justicia, la tierra y la cultura universal, y de tantos más, que la extensa lista de causas de la violencia comenzó a llamarse “deuda histórica”.

Dentro de esa “deuda”, también es posible contabilizar el hecho de que a grandes mayorías en Colombia se les ha expropiado del derecho a una narrativa de la génesis del estado y de las causas de la violencia, libre de contaminación ideológica y emocional. Y, se les ha limitado el acceso a las versiones que desde diferentes aproximaciones -historiográficas, sociológicas, antropológicas, económicas, psicológicas y otras- narran las causas de la violencia. Es hora de saldar esta otra deuda histórica, saldo cultural que deberá cubrirse como una de las formas de satisfacer las necesidades subjetivas del árbol de la paz, en una nación que “empieza a presentir de la epopeya el fin”.

Además, de explicitar mejor el concepto de economía política del odio nos queda por establecer diseños de medida propios de una econometría que establezca las categorías y variables ideales para un proceso de constatación de la hipótesis, en el sentido de la economía política. Falta aún, argumentar las hipótesis que consideran que las narrativas elaboradas acerca de las causas de la violencia, contienen relatos de fuerte arraigamiento emocional (celular), y que, comprender la dinámica de este en-cuerpar (embodiment), es un reto para la analítica de los sentimientos morales y del rol que desempeñan, en la toma de decisiones políticas.

A partir de estas sugerencias, se cuenta con una hipótesis, que aún sin investigación suficiente, se atreve a proponer campos de trabajo para la hermenéutica de la cultura política, en el área específica de la explicación de las causas de la violencia en Colombia.

Veamos a continuación, los componentes principales de esta *narrativa nueva propuesta como Cultura Política del Perdón y Reconciliación*.

3. La cultura política del perdón y de la reconciliación

El perdón se presenta aquí como *virtud política* y como ejercicio exquisito de democracia (quien no perdona, excluye). Es el perdón a sepsia personal, liberación del pasado y del eterno retorno de lo mismo. Se habla aquí del perdón como esfuerzo heroico y por lo mismo, de práctica de lo más elemental de los derechos humanos: la dignidad. Es el perdón, en otras palabras, como estrategia eficaz para reconstruir el *contrato social*, vulnerado por la ofensa. Es superar lo que Arendt²⁷ llama la irreversibilidad del pasado y la impredecibilidad del futuro. El Premio Nobel de Paz, Desmond Tutu lo expresará maravillosamente diciendo: *sin perdón no hay futuro*²⁸. La víctima que perdona no cambia su pasado pero si su futuro. Con el perdón la víctima deja de ser víctima y se convierte en victorioso. Si uno debiera resumir el ejercicio del perdón debería decir que el perdón es el salto evolucionario que hace una víctima para superar las 3Rs y en lugar de la venganza, practicar la compasión, la bondad, la misericordia. Quien perdona, evoluciona! Es, en pocas palabras un giro narrativo, cultural, social y político de impactos incalculables.

Para un país como Colombia con cerca de 8 millones de víctimas, cómo lograr construir una *narrativa nueva* capaz de superar la fatalidad colectiva que pesa después de dos y más siglos de violencia? ¿Cómo se hace realidad este giro narrativo? Una de las formas más efectivos para ese logro es precisamente el ejercicio de *narrar la ofensa* ante un pequeño grupo de personas que antes de hacer este ejercicio de catarsis se comprometen a hacerlo en total confidencialidad.²⁹ Quince años de experiencia de la Fundación para la Reconciliación con las ESPERE –escuelas de perdón y reconciliación- demuestran que esos pequeños grupos lo

hacen realidad y se convierten en islas de creatividad, de transformación y superación de las más crueles ofensas y traumas, en liberación y paz.

Este ejercicio de contar la ofensa tiene un profundo valor político porque logra colocar en público el dolor de las víctimas. Su dolor se posiciona no solo como protesta sino también como promesa de que jamás se volverá a repetir. Así, el *giro narrativo* deja de ser un acto intimista para convertirse en un valeroso acto de protesta y profecía que anuncia que a la violencia no se responde con violencia y que las armas, vengan de donde vengan, seguirán siendo siempre expresión primitiva para solucionar los conflictos inherentes a la existencia humana.

Facilitar diversidad de espacios para posicionar el dolor de las víctimas, deberá ser estrategia privilegiada en un país que como Colombia, ha decidido lucidamente, que las víctimas están en el centro de la negociación del conflicto y de la construcción de la paz³⁰. Así entendido, el perdón se constituye en un componente indispensable para la *cohesión social* y para la reconstrucción del tejido social de grupos humanos lacerados por años de violencia.

El ejercicio de reparar el tejido roto, normalmente es empezado por la víctima quien es el propietario de las llaves del perdón. Paradójicamente es el perdón mostrado o a veces ofrecido por la víctima, lo que garantiza el *ambiente seguro* para que el victimario pueda pedir perdón. Es muy difícil que un ofensor solicite perdón u ofrezca disculpas si está expuesto al peligro de ser condenado. Los jefes de las FARC empezaron a pedir perdón a los colombianos solamente después de que sentían seguridad jurídica gracias a los acuerdos ya logrados.

3.1 Cinco errores sobre el perdón

Por las potentes razones anteriores es necesario superar tres errores. El primero: el perdón aunque es una decisión personal por ningún motivo es simplemente un acto intimista. Por el contrario, debe enarbolarse como un acto de cultura política de los más excelsos. Una razón fuerte por la que el perdón es un deber moral, ético y político, es porque como decíamos arriba, el perdón es un acto de democracia, de respeto a los derechos humanos, de elevamiento de la suprema dignidad de la víctima y del ofensor.

Adicionalmente, el perdón es en un gigantesco aporte a la salud y a la seguridad pública de un pueblo, sencillamente, porque las rabias-rencores y deseos de venganza son infecciosos y se multiplican en grupos humanos enteros por siglos y siglos. En una extensa encuesta realizada con 89.000 personas de 53 países sobre la venganza, Naci Mokan³¹ concluye que la venganza es condicionada no solo por factores personales, sino también por factores culturales. Quiere decir que las 3Rs al igual que el perdón son decisiones privadas-personales pero enraizadas fuertemente en factores socio-culturales. La historia de Colombia –se ha dicho ya arriba- es la historia de odios heredados e infectados de generación en generación. Malcom Deas lo resume diciendo que “Este ingrediente de la rivalidad es un componente crucial para entender la historia de la violencia política en Colombia”³².

Pero más allá de estas consideraciones, el perdón es un imperativo categórico para la plena salud y bienestar individual. Otra vez, la experiencia de la Fundación para la Reconciliación trabajando en tecnologías del perdón, ha enseñado que mientras es bueno que las personas por un cierto tiempo hagan duelo y sientan rabia por las ofensas, sin embargo, esas mismas personas agradecen cuando alguien –al igual que el buen médico- son estimuladas a someterse a tratamientos incómodos pero necesarios para su salud completa.

El segundo error es condicionar el perdón a las disculpas del ofensor. El perdón es un acto de bondad (o de don) que no depende de la generosidad del otro. Es un regalo para uno mismo.

El tercer error es creer que exigir el perdón a una víctima es imponerle todavía más carga y dolor. Por el contrario, el perdón libera, oxigena, aligera, sana. Es este ejercicio de liberación que hace que la víctima deje de ser víctima y se vuelve *victorioso*. Sin el perdón las víctimas se quedan eternamente víctimas.

Un cuarto error, muy popular, es creer que perdón es olvidar, o negar la justicia. Por el contrario, el perdón es recordar con otros ojos y es hacer que la justicia siga su rumbo.

Un último error es confundir el proceso de perdón con la reconciliación. El perdón –dijimos- es el giro narrativo de la retaliación a la compasión. La reconciliación es tránsito de la desconfianza a la confianza. Puede haber perdón sin reconciliación pero no viceversa.

Los países que más recientemente salieron de conflictos y violencias (Sud África, Mozambique, Ruanda, Salvador, Honduras, Nicaragua) siguen registrando altos niveles de violencia. Ello se debe a que adicional a que no han respondido a las necesidades objetivas y ecológicas de las víctimas, descritas en la metáfora del Árbol de la Paz (ver arriba), tampoco han logrado responder con propuestas prácticas a las necesidad subjetivas de la paz o sea la superación de las 3Rs. Si Colombia no desea encontrarse en la misma o peor situación dentro de 15-20 años deberá resolver este tema que aún es poco valorado en las ciencias sociales y políticas. Muchas víctimas, algunas ya organizadas en grupos paramilitares y/o Bandas Criminales (y en este momento, la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional, ELN) son expresiones claras de la ceguera atávica causada por la rabia/rencor/venganza, y expresada mediante narrativas ideológicas que sostienen la pertinencia de la guerra y su continuidad.

3.2 El Cristianismo y la gran tarea de la paz

En las décadas de 1930-1950, a la ya exacerbada tensión sectaria entre liberales y conservadores, ayudó la fuerte corriente antiliberal de la Iglesia Católica que contribuyó decididamente al camino de la violencia en Colombia. Ambos partidos se señalaban recíprocamente como culpables de tanto mal. En 1946 con el triunfo del Partido Conservador se desató en Colombia un sectarismo ciego que generó un período violento como pocos que culminó en el asesinato de Gaitán y el famoso Bogotazo. Los Cristianos y en especial, los Católicos, no tuvieron la actitud profética de anunciar que el odio y la venganza por si mismos constituían una auto-expulsión de la fe cristiana.

La religión del chivo expiatorio (culpa-castigo) –como arquetipo cultural milenario- la han apropiado todas las culturas en sus construcciones míticas. La cultura cristiana no ha sido

ajena a esa tendencia. Sin embargo, el reciente acuerdo de paz firmado entre las FARC y el Gobierno Colombiano (26 Septiembre 2016) representa una superación importante de esa tendencia cultural: en lugar de buscar un chivo expiatorio, han aceptado un ejercicio valeroso de reconocimiento de la corresponsabilidad de las dos partes y de muchas otras, por la violencia en Colombia: Gobierno, Ejército, Guerrilla, Empresarios, Académicos... y muchos más.

Al Cristianismo en Colombia – aunque fuera nada más como fenómeno cultural más que religioso- le queda pendiente todavía la gran tarea de promover el amor a los enemigos y el perdón, como su inspiración fundacional. La cultura de sacrificar al otro como chivo expiatorio (violencia contra el otro) tendrá que ser remplazada por la cultura del perdón-misericordia (violencia contra mi mismo para frenar la venganza), como acto político supremo y como logro del significado más profundo de la existencia.

El reciente plebiscito del 2 de Octubre 2016, para refrendar los Acuerdos de la Habana, demostró cómo los Cristianos en Colombia estaban profundamente divididos entre el paradigma de la justicia restaurativa y la justicia punitiva, o en otras palabras, entre optar por el perdón-misericordia o por el castigo-infierno. El mandato de Jesús de buscar primero el Reino de Dios y su justicia-misericordia seguirá siendo por algunos años, el desafío crucial del Cristianismo en Colombia. Así, este país, paradójicamente seguirá siendo uno de los países más desiguales, más violentos y más cristianos del Continente

Conclusión

Una cosa queda clara de estos años de historia colombiana: el uso de las armas para superar la violencia no ha logrado más que profundizar la exclusión (política, social, económica), destruir el contrato social y negar la sagrada dignidad de si mismo y del otro-a.

Buena parte de los analistas (Daniel Pecaú, Malcom Deas, Javier Giraldo) para concluir sus análisis sobre las causas de la violencia terminan afirmando que *“se impone una democratización que ponga fin a las redes de poder clientelistas o armadas de las últimas décadas”* (Pecaú³³), que se recupere *“el elemento de rivalidad, crucial para entender la historia de la violencia política en Colombia (que) brilla por su ausencia”*³⁴, que *“mientras continúe la vinculación entre las armas y la política esa brutal anomalía se mantendrá y que es tarea central de las generaciones futuras de colombianos desmontarla sistemáticamente”*.
35

En un reciente libro titulado *“El arte de construir la paz grupal”*, George Halvonson (NNN), hace un símil con el *Arte de la Guerra* de Sun Tzu y afirma que si el arte de la guerra consiste en hacer mal al otro para que pierda, el *Arte de construir la paz*, busca fortalecer a la contraparte para que ambos ganen. Mientras que con la guerra se ejercita violencia contra el otro, con la paz se ejercita la violencia contra uno mismo y claramente, contra el instinto más primitivo de la rabia/rencon/retaliación.

Para lograr la paz, es necesario tener líderes que sepan manejar sus instintos, y en particular, el instinto básico que engendra *enemigos* y divide el mundo entre *nosotros* y *ellos*. Cuando el otro es también *nosotros*, todo cambia. Este es el concepto del Ubuntu, tan practicado por Mandela: *yo también soy tú*. Cuando El otro es *nosotros*, nos revestimos de protección,

aceptación y cuidado. Si el otro es *ellos*, entonces generamos desconfianza, rabia, rencor y venganza.

Los colombianos estamos ad portas de fortalecernos en la domesticación de nuestras 3Rs haciendo que esas energías invasivas, subterráneas como las *furias* se conviertan en *Euminides o hacedoras de generosidad y de bondad*. No es una tarea meramente psicológica sino profundamente cultural y política.

Todo lo que subyace a la base de esta propuesta es el discernimiento ontológico sobre la última finalidad del ser o sea el *ser para la libertad*: la libertad que da la capacidad de ser don y en lo más hiperbólico de todo, *la capacidad del per-don*. Es aquí donde se construye por un lado, la robustez del contrato social y por otro, lo más refinado de la dignidad del ser humano. En ambos casos, es la causalidad por la libertad, una causa que no la precede ninguna otra. El alfa y el omega de la existencia.

* Filósofo y teólogo con posgrados en la Universidad de Cambridge y en la Universidad de Harvard. Es actualmente Presidente-Fundador de la Fundación para la Reconciliación. (www.fundacionparalareconciliacion.org). Agradezco los valiosos aportes de Jairo Díaz al igual que los apoyos de América Avalos, Adriana P, Álvaro Sabogal y Felipe Ortega. También los comentarios de ... La responsabilidad por el texto es solo del autor.

¹ Una reflexión valiosa al respecto se encuentra en : World Bank. 2015. *World Development Report 2015: Mind, Society, and Behavior*. Washington, DC. P.13-14.

² Centro nacional de memoria histórica, *Basta ya, Colombia Memorias de Guerra y Dignidad*, Bogotá, Imprenta Nacional, 2013. P.13-14.

³ Jefferson Jaramillo, realizó estudio sobre las 3 comisiones de estudio sobre la violencia en Colombia (1957, 1987,2007) y abarca los años 1940 hasta el presente. Sugiere el autor que los resultados podrían resumirse en tres imaginarios: cultura de violencia, cultura de paz y necesidad de construir un *nuevo pacto social de nación* que en otras palabras tiene que ver con *ampliación de la democracia*. Cfr: Pasados y presentes de la violencia en Colombia. Estudio sobre las comisiones de investigación (1958-2011), Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2014, 280 pag.

⁴ Ospina William, *Paque se acabe la vaina*, Planeta, Bogotá, 2013. P 236

⁵ González Fernán, *Poder y Violencia en Colombia*, ODECOFI-CINEP, Bogotá, 2014. Pag 540.

⁶ En Giraldo Moreno Javier sj, Aportes sobre el origen del conflicto armado en Colombia, su persistencia y sus impactos, pag 42, *Anexo 1 en* Pizarro Leongómez. El subrayado es mío.

⁷ España Gonzalo, *El país que se hizo a tiro*, Planeta, Bogotá, 2013 y *Odios Fríos, la novela de Miguel Antonio Caro en el poder*. Penguin Random House, 2016.

⁸ Ibidem p 37-39

⁹ Javier Giraldo en su aporte a la Comisión Histórica del Conflicto y sus víctimas, p16.

¹⁰ Para ahondar este tema sugiero revisar: Fidel Castro Ruiz, *La paz en Colombia*, La Habana: Editora política, 2008, y Juan Guillermo Ferro y Graciela Uribe, *El orden de la guerra: las Farc-Ep entre la organización y la política*, Bogotá, Centro Editorial Javeriano, 2002.

¹¹ Perea Carlos Mario, *Cultura Política y violencia en Colombia. Porque la sangre es espíritu*. La Carreta Editores, Medellín, 2009. P 13,17, 165.

¹² Uribe María Teresa Op cit pag 17,26, 31. Los odios de José María Obando y Tomás Cipriano de Mosquera muy bien dibujan rivalidades actuales en las elites políticas de Colombia.

¹³ Sloterdijk, *Ira y tiempo*, Ediciones Ciruela, 2010, p12-14

¹⁴ Ibidem pag 22-31

¹⁵ Dozier Rush., *Why we hate: understanding, curbing and eliminating hate in ourselves and our world*. Contemporary books, Chicago, 2002, pag1-12

¹⁶ González Fernán, op cit 27.

¹⁷ González Fernán, op cit 28

-
- ¹⁸ Nussbaum Martha op cit. Position 76-82 e-book
- ¹⁹ Nussbaum, op cit 832-833).
- ²⁰ Nussbaum, op cit pos 121-122
- ²¹ Dozier Rush W, Jr. Why we hate, understanding, curbing and eliminating hate in ourselves and our world. Contemporary books, 2002, contraportada.
- ²² El primero en introducir este concepto fue Edward Glaser, The political economy of hatred.
- ²³ Glaeser, Edward (2002) “The Political Economy of Hatred”.
- ²⁴ Dozier Rush W, Jr. Why we hate, understanding, curbing and eliminating hate in ourselves and our world. Contemporary books, 2002.
- ²⁵ Global Peace Index, 2016, p 62: visionofhumanity.org/sites/default/files/GPI%202016%20Report_2.pdf?
- ²⁶ González Fernán, Poder y violencia en Colombia, op cit pag 510
- ²⁷ Arendt, Hannah. 1958. *The Human Condition*, University of Chicago Press, Chicago.
- ²⁸ Es también el título del libro del mismo autor: Tutu, Desmond. 1999. *No Future Without Forgiveness*, Doubleday, Nueva York. Toda la inspiración de esta sesión se encuentra en forma más extensa en: Narváez Gómez L y Díaz Ferrer J: Cultura política de perdón y reconciliación. Fundación para la Reconciliación, Bogotá, 2010.
- ²⁹ La metodología de las ESPERE (Escuelas de perdón y reconciliación) que ofrece la Fundación para la Reconciliación propone que la narración de la ofensa se haga solamente en pequeños grupos de tres personas guiados por un tallerista especializado. Para mayores detalles visitar: www.fundacionparalareconciliacion.org
- ³⁰ Se recomienda leer: Acevedo Oscar, *El corazón de las víctimas. Aportes a la verdad para la reconciliación en Colombia*. San Pablo, 2016. El texto resume el proceso (entre 2014-2015) y las expresiones de las 60 víctimas ante la Mesa de Negociación en la Habana entre Gobierno de Colombia y las FARC.
- ³¹ Mokan Nanci, **Vengeance**, Working Paper-14131, National Bureau of Economic Research, Cambridge (MA), <http://www.nber.org/papers/w14131>, 8^{SEP} June 2008.
- ³² *Ibidem* p 34
- ³³ Daniel Pecaut, Anexo IV a Texto de Pizarro León Gómez, pag 53.
- ³⁴ Malcolm Deas, op cit pag 34.
- ³⁵ En Giraldo Moreno Javier sj, Aportes sobre el origen del conflicto armado en Colombia, su persistencia y sus impactos, pag 42, *Anexo I en* Pizarro León Gómez